

# La vitrina mágica, novela del antihéroe

## CITLALI FERRER

**L**a vitrina mágica es la novela más reciente de Armando Alanís, en la que muestra que los recuerdos le hacen mella y que son fundamentales para recrear sus novelas. Ya lo dijo Hemingway: “Una infancia infeliz es la mejor preparación inicial para un escritor...” ¿Será acaso que la memoria de Alanís es referente de su propia infelicidad? ¿O se trata de un gran observador que sabe captar la condición de los hombres de nuestro tiempo? Lo cierto es que La vitrina mágica está publicada en una hermosa coedición de la editorial Aldus y el Instituto Coahuilense de Cultura, 2007; y en ella se narra la vida simple de un estudiante norteno que llega a la ciudad de México con la idea de escribir un ensayo sobre los “muralistas”. Pero quien al comprarse un televisor su vida toma un rumbo inesperado, ya que se enamora de Samantha, la conductora de un programa de esos propios para amas de casa, mismo que se trasmite en la caja idiota, o como mejor le llama el autor: “La vitrina mágica”; la televisión además de ser un veneno social sirve de fuga en una sociedad donde lo que menos importa es el individuo, la identidad y el pensamiento, sino el afuera y el qué dirán. El personaje central, Sepúlveda, es un freak, un out sider quien desde su infancia ha huido de su miedo y de su peor enemigo que es él mismo. Y mirando el televisor, dejará su pensamiento volar hasta alcanzar a su imposible amor, hasta curarse de sus males y ser dentro del sueño lo que no es en la vigilia. Sepúlveda, en la capital se mueve entre la multitud y el anonimato, pero, sin poder esca-

par de su propio infierno. Y vive la vida como un eterno espectador, sin contribuir en nada a la inercia que le acompaña. Para quien ha seguido la obra de Armando Alanís, se dará cuenta al leer la novela de que vuelve a “Huesos Viejos”, ciudad de su inventiva que ya nos había presentado en Alma sin dueño su novela anterior publicada por CNCA, 2003 y que puede ser la recreación de la memoria que conserva de su natal Saltillo, aunque en La vitrina mágica no aparece ninguno de los personajes de la antes citada. La estructura de la novela, no es lineal, ya que salta del pasado al presente y viceversa, con una prosa cuidadosa, condensada y constreñida al máximo, en la que llama la atención, que Alanís logre una tensión de principio a fin a partir de un antihéroe, personaje anodino, pusilánime y enfermo quien sufre de ataques que se le presentan cada vez que tiene pánico, y que es cuando le da por golpearse con los puños las costillas, hasta sangrarse los nudillos. Es Sepúlveda un personaje con demasiados complejos y con una vida absolutamente irrelevante y sin éxito en ningún campo, es un eterno fracasado, pero no por ello deja de ser entrañable. La vitrina mágica es una novela que va de lo existencial a lo imposible, ya que todo lo que le va sucediendo al protagonista es finalmente un sueño, un deseo, y lo único que realmente triunfa con él es la desventura y el destiempo. Estoy segura de que Armando Alanís consigue con La vitrina mágica una increíble apuesta a la nueva literatura que entre otros tiene sus pilares en autores norteamericanos como Richard Ford y John Fante y John Updike y en América latina con Rubem Fonseca. Armando Alanís, en La vitrina mágica parece coquetear con el reverso de la literatu-

ra, entre el realismo sucio y el derrumbe familiar y en donde la ética ni siquiera puede ser un asidero en lo cotidiano. Construye su novela como un mural a lo Diego Rivera, en donde sólo veremos monigotes o personajes exagerados, pero casi inanimados, quienes cargados de simbolismo, servirán de contrapunteo al drama de Sepúlveda. La malicia de Alanís llega a tal punto que al único que deja respirar, gemir y sacudirse es a Sepúlveda, quien es un eterno mirón, porque él mismo lo confiesa, cito:

“Me gusta mirar: de ahí mi interés por la pintura. Pero no me gusta mirar cualquier cosa...” Y entonces, Sepúlveda se la pasa mirando, mientras de a poco se lo va carcomiendo su miedo y neurosis y mientras se le va la vida de entre las manos. Mira a Samantha, sin falta, todas las mañanas, mira a sus tías en la intimidad, las adorables viejas: Margoth y Loló mira a su mejor amigo, Rogelio, también provinciano quien parece ser su alter ego, al que todo le sale bien. O a la vivaracha Camila sobrina de Doña Petra su casera, por la que siente poco menos que lástima. Pero, siempre, manteniendo relaciones asépticas con todos, ya que no se dejan atrapar, o quizá Sepúlveda no decide entregarse a ninguno. No me queda la menor duda de que quien realmente le interesa al autor es su antihéroe, sí, Sepúlveda, quien a pesar de su lamentable vida, tiene mucho que revelar al lector y que Alanís se vale de todos los demás personajes para resaltar la enorme angustia y desolación de Sepúlveda, eso sí, sin mostrar conmiseración y manteniendo un sentido del humor agridulce. Alanís plantea el soliloquio del provinciano que sueña y que llega soñando con alcanzar sus sueños pero que en la gran urbe sólo será dueño de una dantesca pesadilla. Cito:

“Soy un forastero, tengo cara de forastero, de recién llegado. Un recién llegado es un intruso. Un pinche advenedizo...” La gran urbe en lugar de facilitarle las cosas a Sepúlveda, es el nudo que jamás se podrá desatar, es el momento retardante, como la pistola que aparece como símbolo de una virilidad en posibilidad de ser utilizada, pero guardada, apagada, reprimida, mostrando Sepúlveda, una especie de sexualidad infantiloides o reprimida. Y todo lo que le va sucediendo, que básicamente está en su cabeza, le plantea y replantea el irremediable retorno a “Huesos Viejos”, a lo que él se resistirá con todas sus fuerzas. Se desea lo que no se tiene y Sepúlveda vivirá su ritual amoroso pasando por cada uno de los estratos del amor cor-

tés, sólo que jamás llegará al druit o en lenguaje coloquial a tumbarse a su amada Samantha. En La Vitrina mágica, podremos estar cerca de las obsesiones del autor, de su gusto por la pintura, el ajedrez, su amor por la colonia Condesa, el centro histórico y Coyoacán y su afición por las mujeres inasibles, sus eternas musas; y, estaremos muy de cerca también de la terrible estancia de los fuereños en una metrópoli que no acepta imprecisiones de ninguna índole. Por medio de La Vitrina Mágica nos aproximaremos a lo más miserable de la condición humana, en la ciudad de México, en donde desde hace mucho ya no es posible soñar. El final, estoy segura sorprenderá al lector, y como decía Borges, los temas son los mismos, son un eterno reciclaje, pero lo extraordinario es desde qué perspectiva se decide contar. En buena hora, que vivan los outsiders y “Huesos Viejos” y después de la lectura quizá cada uno de nosotros deje crecer al Sepúlveda que trae dentro.

La casa del ciruelo, invierno, 2007. ■



Jusue